

El Muro

Por Rorschach

Aquí nadie me encontrará. *Eso espero.* No logro ver cuán espacioso es este cuarto, pero ha de ser pequeño. *Esto huele a trapeadores recién usados y a detergente.* Ha de ser el cuarto de servicio. Aquí nadie me encontrará. *Más te vale, porque escucho al 59 y al 17 gritar como animales. De seguro estarán rompiendo todo esos locos del diablo.*

No sé bien cómo empezó esto de derribar el Muro y vivir en Arcadium. Sí, sí sabes. Tengo recuerdos vagos nomás. Creo que empezó una noche de mayo. *Cuando no te tomaste las pastillas.* Era una noche silenciosa, y sentía el frío del cemento rozar mi piel. Recuerdo a la enfermera llevándome las pastillas, pero de alguna forma desaparecieron. *No, nada de desaparecer, las botaste por el inodoro, ¿no recuerdas?* En fin, el hecho es que me invadió un sueño inesperado; nunca había sentido tanta pesadez en los párpados, como si el destino (*o la falta de pastillas*) me obligaran a recostarme y dormir. *Y dormiste mucho.* Al cabo de varias horas (*¿horas?, pero si dormiste dos días, orate*) me levanté de mi sueño. *¡Ah!, allí viene lo del sueño.*

En realidad no hubiese querido despertar. *¡Pero si siempre pareces estar soñando, por eso estamos aquí, en este manicomio y en este apestoso cuarto de servicio!* Hay sueños que no merecen ser cortados; se convierten, digamos, en una suerte de realidad que sí queremos vivir. Yo comprendí eso, porque el mensaje que en mi sueño se me reveló no podía producir otro efecto. Arcadium, tierra fastuosa, de infinitos campos verdes, sin enfermeros que te injeten sedantes, con gente corriendo libremente, sin camisas de fuerza, era ese sueño, y lo quería vivir. Y sin embargo, luego todas esa imágenes se tornaron oscuras, y aparecieron miles, millones de enfermeros en posición de defensa; a lo lejos, la imagen de un alto muro se dibujaba; era un muro monstruoso; cada ladrillo parecía haber sido colocado de tal forma que el orden que se desprendía de él no hacía sino

escarapelarme la piel. Entonces los enfermeros me miraron; sentí que cada uno de sus ojos, de esos miles, millones de ojos se clavaban cual cuchillos en mi cuerpo. El estruendo de sus botas al aplastar el suelo me indicó que se acercaban a mí. Y cuando por fin hubieron estado cerca de mí, tan cerca como sus cuchillos en mi piel, escuché la voz de una enfermera. Tranquilo, 48, me dijo, y me puso el sedante. *Y otra vez a dormir. Tú y tus sueños...*

Era obvio. *No, nada de obvio había.* Claro que era obvio. Ese Muro debía existir, debía estar afuera; tenía que ser ese impedimento, ese obstáculo de nuestra infinita felicidad. *Aquí el único obstáculo eres tú, loco del demonio; por tu culpa estamos aquí.* Aún no lo entiendes, porque tu lógica está férreamente limitada por tus prejuicios. *Por mi cordura, querrás decir.* Lo que sea.

Decidí, por lo tanto, contarles esto a los demás. Al primero que le conté de la existencia de El Muro y Arcadium fue a 17. Era un tipo robusto y de amplia frente; no se quitaba nunca ese sombrero de paja, y siempre hablaba de lo grande que había sido su granja y cuán hábil había sido con las palas. *Era tan hábil que el muy infeliz mató a su esposa y a sus hijos... a palazos.* Desde luego, 17 reaccionó efusivamente. Allí, de seguro, podré volver a construir mi granja, me dijo. Sí, claro, 17, podrás hacer eso y más. Su reacción, sin embargo, cambió totalmente cuando le hablé del muro; sentí su odio, y mire cómo las venas de su antebrazo se marcaron de tal forma que parecían estar a punto de explotar. Lo derribaremos, 48, me respondió. 50 fue el segundo en recibir el mensaje. Era un tipo muy callado, y siempre dibujaba cohetes; los hacía de todos los colores y tamaños. Quizás *algo de eso puede explicar por qué explotó la fábrica donde trabajaba.* Me acerqué a su mesa, y le dije casi lo mismo que a 17. No me miró, y siguió dibujando. Le repetí lo mismo, pero nada. Entonces decidí retirarme, y cuando me hube volteado, oí su voz. Lo haré, 48, me dijo. Sólo miré, sonréí como señal de confianza, y seguí caminando. 59 fue quizás el

más fácil de convencer, incluso más que 17. Después de todo, 59 era un orador nato, una máquina de discursos..., *un megalómano con mucha probabilidad de psicopatía*. Claro, claro, 48, me dijo; es imperativo eliminar ese muro, hermano. Fiel a su costumbre, 59 se subió a la mesa del comedor en donde comía diariamente, y empezó su también diario discurso. Esta vez, felizmente, hablaría de Arcadium y de El Muro.

Me sorprendió lo fácil que fue convencer a los demás compañeros. 68, una linda jovencita *que mató a su madre*, se mostró inesperadamente emocionada. Se unieron 45, 84, 89 y casi todos los del pabellón 2 y 3, o sea, 20, 21, 22, 23, etc. Al finalizar mayo, ya casi todos los compañeros, *todos esos chiflados*, se habían unido a la causa. El Muro tenía los días contados.

A ver, miraré a fuera. Ya no escuchó mucho sonido. Quizás los enfermeros ya les pusieron sedante.

Todo estaba saliendo como lo esperaba. Me sorprende lo buen orador que resulté ser. 59 me ayudó mucho en eso. 17, en cambio, se encargó de todo en cuanto se refería al Derribo. Planeamos que todo se hiciera al amanecer, muy temprano, justo antes del desayuno. 17 dirigiría a todos los del pabellón de alto riesgo. Ellos irían adelante. Desde luego los superábamos en número. Los enfermeros, a lo mucho, eran treinta, y nosotros bordeábamos los mil. 59 se iba a encargar de llevar las herramientas para el Derribo. Conseguimos, a duras penas, dos martillos, tres palas y muchas mangueras. Hicimos con las mesas y las sillas del comedor unas armas artesanales que parecían funcionar bien. Yo iría adelante, sería el primero en ver El Muro. *Menos mal estuvimos adelante, porque si hubiéramos estado en medio de la trifulca, no habríamos escapado.* Todo estaba listo.

El día amaneció como lo queríamos: lentamente, creando esa cómplice oscuridad matinal. 59, 50 y 17 fueron los primeros en llegar al comedor. Me subí a la mesa más alta, y entonces vi lo que parecía un sueño. *Tú y tus sueños, maldita sea.* Por las cuatro puertas

ingresaba gente, espíritus sorprendentemente comprometidos. Pronto, se llenó el comedor, y dije:

-Sé que muchos han oído de mi sueño, de Arcadium, nuestra tierra, nuestro sueño, y también de ese Muro creador de nuestras perdiciones. Estamos aquí, viviendo aislados de los bienpensantes y los racionales, de las gentes que nos gritan en la calle y que no comprenden por qué actuamos de tal o cual forma. Y no contentos con eso, nos meten en lugares como éste, en donde nos obligan a tomar pastillas a cada instante, en donde no podemos abrazarnos, ni salir a pasear y caminar. Nos dejan aquí, y esperan nuestra muerte. Por eso crearon El Muro, para que no conozcamos Arcadium. Arcadium existe, estoy tan seguro de eso como de mi sueño, y de sus sueños, y de sus vidas. Todo está dicho, hermanos, o es el Muro o somos nosotros y Arcadium. ¡Quién está conmigo!

Y todos gritaron *como una jauría de perros hambrientos*. Allí mismo empezó el Derribo. Rompimos todo: ventanas, puertas, focos; y muy fácilmente, más fácil de lo que pensé al principio, logramos reducir a los enfermeros. Avanzábamos hacia la puerta principal, pero yo me adelanté. *Ese fue mi instinto de supervivencia.*

No era posible. No había razón para ello. Sí, sí había; pero tú no entiendes de razones, por eso estamos aquí. No había Muro. Ni siquiera una pared, o una reja, no había nada; si Arcadium existía, debía estar más cerca de lo que pensábamos... pero Arcadium... Arcadium no existía. Pensé (*no, tú no piensas*) que si no salía de ahí esos locos me iban a comer vivo. Corré lo más rápido que pude y logré dar la vuelta al manicomio. Cuando doblaba la esquina escuché los primeros gritos, los primeros golpes... esos locos no me lo perdonarían. Abrí la puerta trasera y, menos mal, encontré este apestoso cuarto.

No entendí bien qué fue lo que pasó. Tú no entiendes. Todo estaba perfectamente planeado, todo. Creo que al final tenías razón. Siempre la tengo. Arcadium no existe. No existe, y El Muro tampoco. Sí, es así. Siempre lo fue. Tú y tus sueños nos han costado

mucho. Estar aquí, por ejemplo. Ya para con eso. Este lugar, el manicomio, quiero decir, no me gusta nada; si me hicieras caso más seguido, ya no tomarías pastillas, ni te pondrían sedantes... Quizás hasta nos iríamos de aquí. Tienes razón. Pero es que... es tan duro. Era tan hermoso, Arcadium era perfecto. Pero lo perfecto no existe, pues. Ya se han callado por completo. Salgamos, quizás están dormidos.

Abrí la puerta cuidadosamente, esperando que no apareciera algún crujido lo suficientemente inoportuno. Pero no estaban durmiendo, ni siquiera estaban en el suelo; todos miraban al horizonte y a 59, que se había colocado frente a ellos. Voltearon, pero, pese a lo que esperaba, nadie intentó agredirme; en cambio, me miraron compasivamente, como si me estuvieran invitando a hacer algo, pero aún no sabía qué. Caminé, tanteando el piso, esperando que mis pasos se disolvieran rápidamente en este trayecto aún peligroso. 59 me esperaba con los brazos abiertos. No entendía nada.

En efecto, hermano, me dijo 59, tú no has entendido nada. O no lo has entendido por completo. Es muy sencillo... sólo es cuestión de... lógica. Mira, prosiguió 59, si tú, hermano 48, dices que Arcadium existe luego de El Muro, entonces la solución es muy sencilla. Si no hay Muro, no hay Arcadium; y si hay Muro...

Lo sabía. Algo no estaba tomando en cuenta. Era el Muro. El Muro es la clave. ¡No, no, no! ¡¡¡Sí, sí, sí!!! Necesitamos construir el muro. Mi sueño no se podía equivocar. Para llegar a Arcadium necesitamos el Muro. Esa es la clave. Me sorprende que no lo entiendas. ¡Está tan claro! Ya sé qué debemos hacer. Arcadium será una realidad. Lo prometo. ¡Allí vamos de nuevo!